EL LAZARILLO DE TORMES

Adaptación de Etelvino Vazquez

LAZARO: (*Pregonando*) ¡A todos los vecinos de la ciudad de Toledo…!¡Vino añejo de los viñedos de La Veguilla, del Señor Arcipreste de San Salvador!¡Blanco, garnacha y albillo! ¡Todos aquellos que quieran comprar! "Mas, ¿a qué seguir? Si Vuestras Mercedes lo saben igual que yo: pregonero; pregonero de esta imperial ciudad. ¡Eso es lo que soy!, y con ello me gano honradamente la vida; aunque las lenguas envenenadas van diciendo de mí cosas peores. Ya, ya sé… Eso… eso bien lo sé. Pero entienda que no hay criatura humana que no haga faltas… Si quieren que les refiera el caso muy por extenso, mejor será empezarlo por el principio, que no por el final o por el medio. Sepan V.M. que a mí me llaman Lázaro de Tormes. Mi padre Tomé González, tenía por cargo atender un molino que está en la ribera del Tormes. Mi madre, Antona Pérez, me parió allí, y de ello me viene el sobrenombre. En aquel tiempo se hizo una armada contra los moros, en la que llevaron a mi padre, y en ella perdió la vida. Mi madre, al verse viuda, se fue a vivir a Salamanca, alquiló una casilla y se metió a guisar para algunos estudiantes y a lavar la ropa a ciertos mozos de caballos de un comendador. Ella y un hombre demasiado moreno, de aquellos que cuidaban las bestias, trabaron "conocimiento"

PADRASTRO: ¡Antona! Vengo a por los huevos. ¡Antona!

LAZARO: Yo al principio le tenía miedo, por su color y porque era mal encarado; mas como siempre traía pan, pedazos de carne y en el invierno, leña para calentarnos le fuí queriendo bien. De manera que, de tanta visita y tanta conversación, mi madre acabó dándome un negrito muy bonito.

MORITO: ¡Madre teta!

LAZARO: Recuerdo que, estando el negro de mi padrastro jugueteando con el mozuelo, como el niño a mi madre y a mí nos veía blancos y a su padre no, huía de él, se agarraba als faldas de mi madre y, señalándolo con el dedo, decía:

MORITO: ¡Madre, coco!¡Coco!

PADRASTRO (*Riendo*) ¡Hideputa!

LAZARO: "Cuantos debe de haber en el mundo que se asustan de otros porque no se ven así mismos…" Pensaba yo viendo la color de mi hermanito. Quiso nuestra mala fortuna que las conversaciones del negro y mi madre llegaran a oídos del mayordomo del comendador. Al desdichado de mi padrastro lo azotaron y le echaron tocino derretido sobre las llagas, y a mi madre: "Cien azotes por haber cohabitado con hombre de otra religión, que así lo manda la ley" Y el comendador dejó de darle trabajo. Por evitar peligro y quitarse de las malas lenguas, se fue a servir al mesón de la Solana.

CIEGO: Oración para las mujeres que no logran parir y para las que estan de parto

LAZARO: En aquel tiempo vino a parar al mesón un ciego, el cual pareciéndole que serviría para guiarle, me pidió a mi madre

MADRE: Es hijo de un buen hombre, quien, por defender la fe, murió en batalla. Ruego a V.M. le trate bien y mire por este pobre huérfano…

CIEGO: Así lo haré, que lo recibo no por mozo sino por hijo.

MADRE: (*Llorando*) ¡Hijo! Ya sé que no te veré más. Procura ser bueno y Dios te guíe. Con buen amo te he puesto; válete por ti mismo.

LAZARO: Salimos de Salamanca, y en llegando a un puente, donde hay un animal de piedra que casi tiene forma de toro, el ciego me dijo:
CIEGO: Lázaro, llega el oído de ese toro y oirás gran riodo dentro de él… ¡Necio, aprende!, que el mozo de ciego un punto ha de saber más que el diablo. Oro y plata no puedo darte; pero consejos para ir viviendo te daré en abundancia.

LAZARO: Sepan vuesas mercedes . que desde que Dios creó el mundo, ningún hombre formó más astuto y sagaz que aquel ciego… En su oficio era un águila: Ciento y tantas oraciones sabía de coro; y con ello aldabase todo el mundo tras él, especialmente mujeres, que creían todo cuanto él decía…

CIEGO: ¡Para las mal casadas, que sus maridos las quieran bien!

LAZARO: Ganaba más en un mes que cien ciegos en un año…

CIEGO: ¡Pronósticos para las preñadas, si es hijo o hija el fruto de sus entrañas!

LAZARO: Mas también quiero que sepan vuesas mercedes . que a pesar de todo cuanto ganaba y tenía, jamás vi. hombre tan avariento y mezquino; tanto que me mataba de hambre. Acostumbraba a poner cerca de sí un jarrillo de vino; yo muy pronto lo asía, le daba un par de besos callados y lo volvía a su lugar. Mas poco me duró, pues él en sus tragos conocía la falta, y por reservar su vino a salvo ya nunca soltaba el jarro sino que lo tenía bien cogido por el asa. Pero yo había cortado una paja larga de centeno, la metía en la boca del jarro y…
Cuando lo recuerdo no sé que me daba más gusto, si sorber el vino o chasquear al ciego. Mas, como el traidor era muy astuto debió de sentirme, y en adelante asentaba el jarro entre las piernas y lo tapaba con la mano.
Yo, como me había hecho al vino, considerando que aquel remedio de la paja ya no me aprovechaba, conseguí hacer en el fondo del jarro, un agujerillo que tapé con cera. Y al tiempo de comer, fingiendo tener frío, me metía entre las piernas del ciego a calentarme a la pobre lumbre que teníamos, su calor derretía la cera y comenzaba la fuentecilla a chorrearme en la boca…

CIEGO: ¡Maldito jarro y maldito vino! ¿Tanto bebo yo sin enterarme? Se ha evaporado al calor de la lumbre o se lo ha bebido el mismísimo diablo?

LAZARO: Tantas vueltas y tientos dio al jarro, que halló la fuente y cayó en la burla, pero disimulo el muy ladino. Y otro día
Tío: Déjeme sentarme entre sus piernas, que tengo mucho frío…

CIEGO: Si, si Lazarillo, que después del de tu madre, éste es el mejor vientre que puede cobijarte. Ven acá, ven…

LAZARO: Me pareció que el cielo, con todo lo que en él hay, me había caído encima. Fue tan grande el jarrazo que se rompió y sus trozos se me clavaron en al cara por muchas partes. Y no solo perdí el sentido, sino unos cuantos dientes sin los cuales me quedé hasta hoy.

Cuando estuve medio bueno y fue desapareciendo la color de los cardenales, considerando que, a pocas hazañas como aquella, el cruel ciego se desharía de mí, quise yo deshacerme de él, llevándole por los peores caminos: Si había piedras, por ellas. Si lodo, por donde más cubriese… Así yo también lo pasaba mal, pero si yo padecía, me alegraba saber que el otro padecía más que yo.

CIEGO: ¿Por donde me llevas, hideputa?

LAZARO: No lo hago por malicia, tío, sino porque no hallo mejor camino. No me creía, pues era muy inteligente el maldito. Porque vean vuesas mercedes . a cuánto llegaba el ingenio de este astuto ciego, contaré un caso de los mucos que con él me acaecieron, en el cual me parece dio bien a entender su gran astucia…
CIEGO: ¡Lazarillo! Nos daremos un banquete. Te lo debo, porque hoy me ha pasado en los coscorrones, y ahora quiero ser liberal contigo y que ambos nos comamos este racimo de uvas, y que tengas de él tanta parte como yo. Hemos de partirlo de esta manera: Tú picarás una vez y yo otra, con tal que me prometas no tomar cada vez más de una uva. Yo haré lo mismo hasta que lo acabemos, y así no habrá engaño.
Me has engañado Lazarillo. Juraré yo a Dios que has tu comido las uvas tres a tres…
¿Sabes en que veo que las comes tres a tres? En que comía yo dos a dos y tú callabas… ¡Toma, traidor!¡Hideputa!

LAZARO: En vista de su mal trato, de determiné a dejarle, mas no sin tomar ajustada venganza.

CIEGO: Lázaro: Esta agua es muy porfiada, y cuando la noche más cierra, más arrecia. Acojámonos a la posada con tiempo.

LAZARO: Tío: El arroyo va muy ancho; mas, si queréis, yo veo por dónde pasamos antes in mojarnos, porque se estrecha allí mucho y saltándolo pasaremos con los pies secos…

CIEGO: Eres listo, y por eso te quiero bien. Llévame a ese lugar, que ahora es invierno y el agua sienta mal. Y peor, llevar los pies mojados. Ponme bien derecho y salta tú el arroyo.

LAZARO: Lo saqué de los soportales, y lo puse bien derecho enfrente de un poste de piedra que había en la plaza…Tío este es el paso más angosto del arroyo.
¡Vamos! Saltad todo lo que podáis, para que caigáis a este lado del agua.

CIEGO: ¡Allá voy!

LAZARO: Lo dejé en poder de mucha gente que fue a socorrerle, y yo, en un trote, me largué por la puerta de la villa.
Pasados varios días, llegué a un lugar que llamaban Maqueda, donde mis pecados me llevaron a topar con un clérigo.

CLERIGO: Laus Deo per secula seculorum. ¡Mozo! ¿Sabes ayudar a misa? Pues sígueme, que te tomo a mi servicio.

LAZARO: Escapé del trueno y dí en el relámpago, porque el ciego, comparado con éste, era un derrochador. Toda la miseria del mundo la llevaba dentro, no sé si de nacimiento o le llegó con la sotana. Tenía un arca vieja, cerrada con su llave y en llegando de la iglesia, los bollos de leche que le regalaban las devotas los echaba allí y volvía a cerrar el arca. En toda la casa no había nada de comer; no había más que una riestra de cebollas, de éstas tenía yo de ración una para cuatro días; en fin, que me moría de hambre.

CALDERERO: ¡Calderero y cerrajero! ¡Afilador y paragüero! ¡Cuchillos,… Mozo, ¿Tenéis algo que reparar?

LAZARO: Tío, he perdido la llave de este arca, y temo que mi señor me azote. ¿No tendréis alguna, entre todas esas que traéis, que le valga? Yo os lo pagaré

CALDERERO: Vamos a probar… ¡Ya está! Aquí tenéis la llave. ¡Calderero y cerrajero! ¡Afilador y paragüero! ¡Cuchillos,…

CLERIGO: Si tan bien cerrada no tuviera yo este arca, dijera que me habían robado de ella panes; pero desde hoy, por librarme de sospechas, quiero llevar bien la cuenta. ¡Lázaro! Sé tú testigo: 1,2,3,4… nueve bollos quedan y un pedazo.

LAZARO: Sí, señor, nueve bollos y un pedazo. ¡Nuevas malas te dé Dios! Este arca es vieja y grande, y rota por algunas partes… Se puede pensar que los ratones, entrando por estos pequeños agujeros, roen los bollos. Sacarlos enteros no conviene, pues los echará en falta mi verduro; pero esto otro sí puedo hacerlo…

CLERIGO: Laus Deo per secula seculorum… ¡Lázaro! ¡Mira, mira que persecución han sufrido esta noche nuestros bollos!

LAZARO: ¿Que habrá podido ser?

CLERIGO: ¿Qué ha de ser? Los ratones, que no dejan cosa con vida. Cómete eso, que los ratones son muy limpios.

LAZARO: ¡Ay, Señor! A cuánta miseria y desastres estamos puestos los nacidos, y cuán poco duran los placeres de esta nuestra trabajosa vida… ¡Ay, Señor! Esto me decía yo, hablando por los rincones, con aquella manera de hablar que de mi amo se me había contagiado, no por lo mucho que le veía y escuchaba, sino por seguir su misma dieta…

CLERIGO: Laus Deo per secula seculorum. ¿Cómo es posible, si en esta casa nunca ha habido ratones? Ahora señores ratones traidores, cos conviene mudaros, porque en esta casa poco vais a engordar.

LAZARO: Lo cual era muy de creer, pues los ratones no suelen habitar donde no hay comida… Llegada la noche, salía yo de las pajas en que me acostaba y con un cuchillo, cuantos agujeros el tapaba yo destapaba, y abría algunos nuevos, y él, de día, los tapaba; que ya pueden ver vv.mm. cómo quedó el arca: que había más tablillas que arca…

CLERIGO: Laus Deo per secula seculorum. Lázaro: Este arca está tan maltrada y es de madera tan vieja y carcomida, que no hay ratón del que pueda defenderse. El mejor remedio que hallo es poner trampas por dentro a esos ratones… Ahora señores ratones traidores…

LAZARO: Siempre es mejor el pan con queso que el pan a solas.

CLERIGO: ¡Vecina! ¡Vecina! ¿Cómo puede ser que el ratón coma el queso y no caiga en la ratonera?

VECINA: Yo recuerdo que antes de venir vuesa merced., por esta casa solía andar una culebra.

CLERIGO: Eso debe de ser. ¡Lázaro! ¡Una culebra!

LAZARO: En adelante, mi amo ya no pudo dormir. Cualquier gusano de la madera que sonase de noche, pensaba que era la culebra que le roía el arca. Enseguida se levantaba, y con un

garrote que tenía en la cabecera desde que le dijeron aquello, daba en la pecadora del arca grandes garrotazos, pensando espantar a la culebra.

CLARIGO: Laus Deo per secula seculorum. ¡Lázaro! Despierta… ¿No sentiste nada? Anduve tras la culebra y pienso que ha venido a parar a tu cama, que son muy frías y buscan calor.

LAZARO: ¡Quiera Dios que no me muerda, que le tengo mucho miedo!
Lo del miedo era verdad, pero al garrote del clérigo. Pasaron los días y comencé a tener miedo de que, con tanto revolver las pajas, mi amo encontrase la llave, pues la escondía entre ellas, y pensé que sería más seguro meterla de noche en la boca. Pero quisieron mis hados o por mejor decir, mis pecados, que una noche que estaba durmiendo, la llave se me puso en la boca de tal manera que…

CLERIGO: Laus Deo per secula seculorum. Es el sonido de la culebra… Se ha venido al calor de las pajas… Voy a matarla… ¡Vecina! ¡Vecina! ¡He matado a la culebra! ¡He matado a la cu..! ¡Lázaro, Lázaro despierta! A fe que los ratones y culebras que me destruían, ya los he cazado. Lázaro: De hoy en adelante eres tuyo y no mío. Busca un amo y vete con Dios, que no quiero yo en mi compañía tan diligente servidor. No es posible sino que hayas sido mozo de ciego.

LAZARO: No tuve más remedio que sacar fuerzas de flaqueza, y poco a poco, con ayuda de las buenas gentes, dí conmigo en esta insigne ciudad de Toledo.

ESCUDERO: Muchacho: ¿Buscas amo? Pues vente tras de mí, que Dios te ha hecho merced en topar conmigo. Alguna buena oración rezaste hoy.

LAZARO: Era de maña cuando este mi tercer amo topé. Me llevo tras de sí gran parte de la ciudad. Yo iba el más alegre del mundo al ver que no nos habíamos ocupado en buscar de comer, pues consideré que ya la comida estaría lista tal como yo la imaginaba o más aún, como la necesitaba. En este tiempo dio el reloj la una y llegamos a una casa, ante la cual mi amo se paró, sacó una llave, abrió la puerta, y entramos…

ESCUDERO: Mozo: ¿Has comido?

LAZARO: No, Señor: Que aún no eran dadas las ocho cuando encontré a v.m.

ESCUDERO: Pues, aunque de mañana, yo ya había almorzado, y cuando así como algo, te hago saber que hasta la noche me estoy así. Por eso, pásate como puedas, que después cenaremos.

LAZARO: Señor, mozo soy y no me fatigo mucho por comer, de eso podré yo alabarme entre todos mis iguales, y por ello fui loado hasta hoy por los amos que he tenido.

ESCUDERO: Gran virtud es esa, y por eso te querré más. Porque el hartarse es de los puercos, y el comer moderadamente es de los hombres de bien.

LAZARO: ¡Bien te he entendido…! ¡Maldita sea tanta medicina y tanta bondad como encuentran en el hambre los amos que encuentro!

ESCURERO: Lázaro, ya es tarde, y de aquí a la plaza hay demasiado trecho. Además en esta ciudad hay muchos ladrones. Por eso pasemos hoy como podamos y mañana, venido el día, Dios dirá.

LAZARO: Señor: De mí ninguna pena tenga vuesa merced, que sé pasar una noche, y aún más si es preciso, sin comer.

ESCUDERO: Vivirás más y más sano, porque no hay nada en el mundo para vivir mucho que comer poco.

LAZARO: Si eso es verdad, yo no moriré nunca…

ESCUDERO: Lázaro, mira por la casa en tanto que voy a oír misa. Y haz la cama y ve por la vasija de agua al río. Y cierra la puerta con llave, no nos hurten algo.

LAZARO: Dieron las dos, y como no venia y el hambre me aquejaba, salí por esas calles a pedir. Y antes de que el reloj diese las cuatro, ya tenía otras tantas libras de pan en la andorga. Cuando llegué a casa ya el bueno de mi amo estaba paseándose por el patio…

ESCUDERO: ¿De dónde vienes?

LAZARO: Señor, hasta que dio las dos estuve aquí, y de que vi. que vuesa merced no venía, fuime por esta ciudad a encomendarme a las buenas gentes, y hanme dado todo esto…

ESCUDERO: Pues… esperado te he a comer, y como no viniste, comí. Mas tú haces como hombre de bien en eso, porque más vale pedirlo que hurtarlo. Solamente te encomiendo que no sepan que vives conmigo, por lo que toca a mi honra.

LAZARO: De eso, señor, pierda usted cuidado.

ESCUDERO: Agora pues, come, pecador, que si a Dios place, presto nos veremos sin necesidad. Aunque te digo que después que en esta casa entré, nunca bien me ha ido.

LAZARO: Pruebe, señor, y verá que tal está.
Si pudieran sumarse el hambre del ciego con la del clérigo y la mía, pienso que no llegarían a igualar a la del hidalgo escudero…
A partir de entonces llegamos a estar hasta dos o tres días sin probar bocado ni hablar palabra. Así las cosas, un día llaman a la puerta un hombre y una vieja; el hombre le pide el alquiler de la casa y la vieja el de la cama. Pero el les dio muy buena respuesta.

ESCUDERO: No se preocupen vuesas mercedes. Saldré a la plaza a trocar una moneda de dos. Vuelvan vuesas mercedes a la tarde.

LAZARO: Mas su salida fue sin vuelta. Volvieron al otro día los acreedores con un alguacil y un escribano. Anduvieron toda la casa, y hallándola vacía, me dijeron…

ALGUACIL: ¿Qué es de la hacienda de tu amo, sus arcas y paños de pared, las camas, sillas, mesas?

LAZARO: Señor: lo que este mi amo tiene, según él me dijo, es un buen solar de casas y un palomar derribado en su tierra.

ALGUACIL: ¿Y dónde es su tierra?

LAZARO: El me dijo que era de Castilla la Vieja.

ALGUACIL: ¡Buen lugar es ese para cobrar la deuda! ¡Basta de mentiras! Cuenta toda la verdad si no quieres que te azotemos.

LAZARO: ¡Esa es la verdad, señor! Es todo cuanto sé, ¡lo juro!

Vista mi inocencia, me dejaron libre. Yo tuve de buscar un cuarto amo, y éste fue un fraile de la Merced. El me dio los primeros zapatos que rompí, y no me duraron ocho días, ni yo pude, siguiendo el trote del fraile, durar más. Y por esto, y por otras cosillas que no digo, pues no hacen al caso, me fui de él. Y di… en el quinto….
Hermanos míos tomad la bula que dios os envía hasta vuestras casas y no os duela, pues es obra muy pía la redención de los cautivos cristianos que están allá en tierra de moros.
Un bulero, uno de esos comisionados para distribuir y cobrar las bulas de la santa cruzada. Y era de ellos el más desenvuelto y desvergonzado que jamás vi ni espero ver, ni pienso que nadie vio, porque usaba toda clase de mañas y sutiles invenciones para convencer a la gente de que adquiriese las bulas. Se hacía pasar por un Santo Tomás, y hablaba dos horas en latín, o en algo que se le parecía…

BULERO: ¡Si iste populu bulae multus adquiriere, Ecclesia et atque vuestra merced et iste humilis bullerum obtinere…!

LAZARO: Cuando por las buenas no le tomaban las bulas, lo intentaba por las malas, quiero decir recurriendo a todo tipo de artimañas y fechorías. Ya sé que vuesas mercedes . dirán que mi deber era denunciar a mi amo, el falso bulero, pero eso lo sé yo ahora, por mi edad y por mi oficio, pero en aquel tiempo, ¿qué podía saber un pobre muchacho sin luces, como yo era? Después de este tuve varios amos, que quedaron siempre satisfechos de mi buen proceder y con los que nada digno de referirse me acaeció. Y pensando que modo de vivir encontraría que fuera duradero, por tener descanso y guardar algo para la vejez, quiso Dios iluminarme y ponerme en buen camino, pues, como vuesas mercedes saben, tengo cargo de pregonar los vinos que en esta ciudad se venden. . Pregonero, hablando en buen romance

En este tiempo, teniendo noticia de mi persona y viendo mi habilidad y buen comportamiento, el arcipreste de San Salvador, mi señor; y servidor y amigo de vuesas mercedes, porque pregonaba sus vinos, me tomó afecto, y procuró casarme con una criada suya; y así me casé con ella. Mas ya saben vuesas mercedes., y de sobra lo sé yo, que malas lenguas, que nunca faltaron ni faltaran, no nos dejan vivir, diciendo no sé qué, ¡y sí sé qué! De que ven a mi mujer ir a hacerle la cama y a guisarle la comida. ¡Bien les cobre el diablo sus mentiras! Ya, ya sé que eso si es delito, solo que yo no lo he cometido. Por eso repito: ¡Que bien les cobre el diablo sus mentiras a los calumniadores!
¡Señor arcipreste! ¡Señor arcipreste!

ARCIPRESTE: Lázaro de Tormes: Quien ha de mirar a dichos de malas lenguas, nunca medrará. Digo esto porque no me maravillaría que alguno, viendo entrar y salir de mi casa a tu mujer, diera en torpes pensamientos. Ella entra muy a su honra y tuya, y esto te lo prometo. Por lo tanto, no mires a lo que puedan decir, sino a lo que importa, quiero decir, a tu provecho.

LAZARO: Y así quedamos los tres muy conformes. Hasta el día de hoy, nadie nos oyó una palabra más sobre el caso; al contrario, cuando alguno siento que quiere decir algo de ella, le atajo y digo: ¡Eh, mirad! Si os queréis meter con mi mujer que es la cosa del mundo que yo más quiero. Juro sobre la ostia consagrada que es tan buena mujer como cualquiera de las que viven dentro de las puertas de Toledo Quien otra cosa dijere yo me mataré con él.

De esta manera no dicen nada, y yo tengo paz en mi casa. Intercedan por mi vuesas mercedes . y ayúdenme a conservarla. Conocen el caso en todos sus pormenores y saben que, si malas enseñanzas y peores maestros tuve, he llegado con mi esfuerzo y buen proceder a tener un oficio digno y seguro. Nuestro victorioso emperador tiene Cortes en esta insigne ciudad de Toledo, y yo debo pregonarlas, como vuesas mercedes. saben. No se tuerza otra vez mi destino, ahora que estoy en mi prosperidad y en la cumbre de toda buena fortuna… ¡A todos los vecinos de la ciudad de Toledo!.... ¡Vino a añejo de los viñedos de la veguilla….!